

¡¡ CUADRADO ¡!

Última hora de la mañana, cerrados al público. Los compañeros se afanan en escribir las últimas cartas del día, recoger fichas de firmas, archivar documentos y organizar la mesa de trabajo. Los calcos utilizados dan buena fe de la actividad de hoy. Es primero de mes y hemos tenido mucho jaleo, la afluencia de clientes ha sido continua. Nosotros decimos que no hemos parado. De vez en cuando levantamos la vista y buscamos a Ramón.

El puesto de trabajo de Ramón es distinto al nuestro. En sus lados y en el frontal, un cristal de escaso grosor lo separa del resto de los empleados. El cristal tiene varias aberturas; en su frente una a modo de pequeño círculo que facilita la escucha a los clientes y viceversa y otra en su parte inferior imprescindible para la entrega y recogida de documentación y efectivo. Hay todavía una abertura similar a esta última, en uno de los lados, a la que por su situación sólo podemos acceder los empleados, por la cual pasamos a nuestro compañero los documentos necesarios. Unas doradas letras adheridas al cristal forman la palabra C A J A y dejan bien a las claras que Ramón es el cajero de nuestra oficina.

Ramón tiene su parte del mostrador y una pequeña mesa de apoyo, completamente llena de documentos todos separados en montoncitos, por modelos y colores. Los negros son ingresos, rojos los reintegros, los talones de cuenta corriente son claramente identificables y hay también abonarés, transferencias y otros varios.

- ¿Qué tal vas, Ramón?

- No cuadro...

El obligado cuadro de caja supone el cierre contable del día, la certificación de que todos los movimientos con dinero se han hecho correctamente y debe ser justo y preciso. No puede faltar ni sobrar la más mínima cantidad, ni un céntimo.

El arrastre machacón y metódico de una sumadora pone banda sonora al momento y una alargada tira de papel comienza a descansar en el suelo y a enroscarse en sí misma.

Don Antonio, el interventor, que tiene su mesa justamente detrás, da algunas indicaciones a Ramón para intentar descubrir el error.

- ¿Has contado bien los cartuchos?

- ¿No te habrás dejado de sumar algo?

- ¿Has tenido en cuenta la transferencia pendiente?

- ¿Cuánto llevas?

- Me faltan 430 pesetas

- Alguien que me ayude a puntear, por favor...

Mi mesa está muy cerca del puesto de caja, por lo que me acerco enseguida. Nos llevamos bien; Ramón es de los más antiguos en la oficina y aunque a veces es un poco arisco y se

enfada porque no escribimos bien los números o le damos muchos papeles a la vez, es buena persona y con los clientes es muy amable y lo aprecian.

- ¿Repasamos por partidas?

Yo voy cantando las cantidades que figuran en cada documento y Ramón va señalando una a una estas cifras en la tira de la sumadora:

- 125...387...500...1000...510...750...160...300...

- Espera, espera... ¿has dicho 160?

- Sí, detrás de 750

- ¡Eso es una parte, se me ha pasado!

- Ahora llevo 270 de diferencia

- ¡Eso es un baile!

Una de las primeras cosas que aprendí en la oficina, es a identificar lo que en estas labores se denomina como “baile”, curiosidad matemática muy fácil de comprender y error que se cometía frecuentemente, ya que la rapidez tecleando los importes en la sumadora y las prisas, a veces jugaban esas malas pasadas. ¡Qué gustazo explicarle esto a los compañeros nuevos que entran a trabajar y ver sus caras de asombro!.. bueno, la misma que puse yo el primer día.

Para reconocer un baile, solo es necesario confirmar que la cifra suma 9 o múltiplo de 9 y para saber que dos números se han bailado o se han confundido, debemos de dividir la cifra en cuestión por 9 y al número resultado de la división, completarlo con un 0 más. Este último número y el resultado de la división serán los números “bailados”.

- ¡Eso es 30 por 300!

270 divido para 9 da como resultado 30. Si a 30 le añadimos un 0, quedan 300. Si en lugar de poner 30 ponemos 300, el error será de 270. Y lo mismo si en lugar de 300 ponemos 30.

A estas alturas, ya se ha acercado también Carlos, que lleva las cuentas corrientes y que se queja porque tiene prisa en salir de la oficina.

- ¡Venga, que tiene que aparecer..., que no me va a dar tiempo para comer e ir a clase...!

- ¡No me revolváis los papeles, joder!, protesta Ramón.

- Eso no lo mires, ya lo he repasado yo...

La diferencia, ya más controlada, hace mucho más fácil su búsqueda y al cabo de unos minutos se escucha:

- ¡Aquí esta!. Este abonaré está mal sumado...

Don Antonio comprueba la certeza del error, da una palmada en el hombro a Ramón y se le escucha decir para toda la oficina:

-¡Cuadrado!. ¡Todo recogido y nos vamos!

Ayudo a recoger los papeles a Ramón y arrojo a la papelera una tira larguísima de sumadora mientras él lleva la caja con el dinero y los cambios al despacho de dirección, donde se encuentra la caja fuerte. Vuelvo a mi mesa, archivo con cuidado las últimas fichas de posición, cargo la grapadora con un nuevo bloque de grapas y ya de pié, preparado para salir escucho a D. Antonio decir:

- ¡No os olvidéis de poner las fundas a las máquinas de escribir; que no cojan polvo!